

ORANDO CON LA PALABRA

(Pentecostés)

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros “. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “ Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:” Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

(Jn. 20, 19-23)

El tiempo de Pascua culmina su ciclo con la celebración de la fiesta de Pentecostés.

La Palabra, en el texto de Juan, nos presenta a los amigos de Jesús reunidos después de la Resurrección, pero aún con las puertas cerradas y con temor, ante posibles presiones y amenazas.

Jesús vuelve a ofrecerles su paz y a enviarlos como el Padre lo envió a Él. Para fortalecerles en ese envío, y en su caminar, les dice: “Recibid el Espíritu Santo”. Les da su Espíritu que será luz, fuerza e impulso en sus vidas.

Con la fiesta de Pentecostés, celebramos y actualizamos la irrupción, en la vida de las personas, de la Presencia de Jesús, hecha Espíritu. Es la Ruah, el aliento que sustenta la vida, el Paráclito, la presencia que sana, que fortalece, que consuela, que serena.

Desde la conciencia de reconocernos vulnerables, de sentirnos envueltos en un mundo herido y en desconcierto, necesitamos repetir al Espíritu que volvamos a sentirle presente en nuestra tierra y en nuestro corazón. Que su Presencia nos habite, nos acompañe y nos cuide. Que sea fuego que purifique y sane heridas y soledades. Que sea el agua fresca que haga reverdecer la esperanza. Que sea descanso y serenidad en nuestra vida inquieta y desconcertada. Que acoja el clamor de tantas necesidades, que “rompa el techo de la tierra” y renueve, encienda y alegre las entrañas del mundo.

Celebremos Pentecostés, acogiendo al Espíritu que viene como fuego, como agua como descanso. Con su fuerza, podremos ser calor y sosiego, donde cualquier tipo de vulnerabilidad, necesitan de nuestro cuidado.

ORACIÓN

En este día, Señor,
en el que aletea sobre nosotros,

la presencia sanadora
de tu Espíritu,
necesitamos susurrar, cantar, gritar...

¡ Ven, Espíritu !
que nuestro mundo sigue herido
por la violencia y los abusos,
por la injusticia y el poder.
y nosotros nos sentimos confusos
impotentes
escuchando y compartiendo
el clamor de los refugiados,
de los silenciados,
de los más vulnerables,
Desde lo más hondo de nuestro corazón,
unimos nuestras voces para repetir:
¡Ven Espíritu!, te necesitamos.

Ven Espíritu!.
Necesitamos que tu fuego
vuelva a estremecer nuestro corazón
y encienda aquellas dimensiones de nuestro ser,
que se han quedado sin pasión, sin compasión,
sin utopía.
Que tu fuego nos haga sentir
la fuerza del amor primero,
del amor que, centrado en ti,
se hace mano amiga
y corazón compasivo para todos.

Que el fuego de tu Espíritu
infunda “calor de vida”
en cualquier soledad
que aísla y endurece,
que hiela la sensibilidad
y ahoga la palabra y las sonrisas.
Infúndenos tu vida,
la que nos llena
y nos ilumina por dentro.
La que nos recrea cada mañana,
la que sana heridas,
y nos hace vibrar

en cada pequeño servicio
que nos acerca al hermano.

¡Ven Espíritu!
y derrama sobre nosotros,
el agua que purifica y restaura,
el agua que limpia y sana,
que empapa sentimientos y actitudes
y los hace cauces de vida nueva
y renovada.

¡Ven, Espíritu!
Envía el agua fresca
que renueva el corazón de la tierra agrietada,
reseca por la injusticia, el consumo feroz,
y cualquier gesto que sea deshumanizador,
y haz reverdecer la esperanza
en los surcos , en las plazas, en los pueblos.

¡Ven Espíritu!
y habítanos.
Entra en nuestra vida agitada
y, serénanos.
Haz que encontremos en ti,
descanso y sosiego.
Mira nuestro vacío
y el de tantas personas
que andan sin rumbo,
y llénanos de tu luz y tu paz,
para seguir compartiendo
lo que da sentido a nuestro caminar.

¡Ven! y hazte presente en nosotros
como fuego y agua ,
como serenidad y descanso
que generen de nuevo,
vida y esperanza
en el corazón del mundo.

Amén.

(F.Oyonarte, hcsa)

